



EL SABOR DEL ÉXITO

Hay una escena memorable en la película Soul (Pixar, 2020) en la que el protagonista, un profesor de jazz que sueña con triunfar en la escena, tras realizar un primer y memorable concierto tiene la siguiente conversación con la líder del grupo:

- No hay muchas noches como la de hoy – le dice la líder.
- Ya, ya, bueno, ¿y qué pasa ahora? – responde él.
- Pues que volvemos mañana, y vuelta a empezar.

Él se queda con una cara decepcionada, y ella le pregunta:

- ¿Te ocurre algo?
- Es que llevaba esperando este día durante toda mi vida, y creía que me sentiría diferente. – le contesta.

Y aquí llega la gran reflexión: ¿qué sabor tiene el éxito? Mi respuesta es clara: me temo que mucho menos dulce de lo que pensamos mientras lo perseguimos. Y por ello creo que debemos dejar de perseguirlo, sobre todo si para alcanzarlo renunciamos a mucho, en términos de vivencias o en términos de valores.

He preguntado a muchas personas que han tenido al menos un reconocido éxito, y todas me cuentan lo mismo: que es efímero, y que no da para mucho. Que pensaban que se sentirían llenos, que sentirían que habían alcanzado el propósito de su vida, y que para nada es así. Y que si caes en la rueda de perseguir el siguiente, es fácil que te pierdas muchas cosas de la vida.

Está bien tener ilusiones, pero ¿tiene sentido dedicar la vida a perseguir éxitos? Me temo que no, al menos a tenor de lo visto. Porque por el camino nos podemos olvidar de la vida cotidiana, de familiares, de amigos, y de disfrutar del día a día.

Y si los éxitos llegan, quizás la clave sea no vivirlos como éxitos, sino como buenas experiencias, como que hemos tenido un buen día. Sin otorgarles la condición de propósito vital, ni nada que se le parezca. Y de esta manera, además de seguir conectados a nuestra cotidiana vida, quizás entonces sí se repitan.